

suele hacerlo la caridad. Ó liberalísimo Redentor, acordaos en este día de los que vivimos en esta vida mortal, purgando nuestros pecados con las aflicciones que en ella padecemos: trocad nuestro llanto en gozo; purificadnos de las culpas, y perdonadnos tambien todas las penas por ellas debidas.

3. Últimamente, puedo considerar la rabia de los condenados que barruntaron la entrada de Cristo en el limbo, viendo que los dejaba y no hacia caso de ellos, porque no fueron dignos de que Cristo los visitase y consolase con su presencia, antes los confundió porque no quisieron aprovecharse de los medios que les dió para alcanzar perdon de sus pecados. En especial puedo ponderar la rabia del desventurado Judas y del mal ladron, volviéndose contra sí mismos con furor endemoniado, porque no se aprovecharon de la ocasion que tuvieron, uno en la escuela de Cristo, y otro en la cruz. De donde sacaré escarmiento para mirar cómo vivo, porque la sangre de Cristo no saca del infierno al que una vez entra en él, ni aprovecha al obstinado que por su perverso libre albedrío la desprecia. Tambien ponderaré la confusion de Lucifer y de los príncipes de las tinieblas cuando se vieron vencidos de Cristo y atados con su omnipotencia, y sueltos los presos que habian ganado en cinco mil y tantos años. ¡Oh qué rabia seria la suya, viéndose postrados á los piés de Cristo, y cuán grande seria la gloria y gozo de Cristo, viéndolos así postrados á sus piés! Entonces, como dice san Pablo, *despojó á los principados y potestades*, quitándoles su poder con grande autoridad, y sacándoles la presa con gran valor, triunfando de ellos por su propia virtud, con grande manifestacion de su justicia (1), delante de muchedumbre de Ángeles que asistieron á este juicio. Gózome, Salvador mio, de este vuestro triunfo contra los poderes infernales, y de que con tan gran valor les hayais quitado sus despojos, y desmenuzado las armas en que tenian puesta su esperanza. Triunfad, Señor, de ellos en mí, dándome gracia para vencerlos, pues mi victoria será vuestra, porque todos vencemos por Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION II.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.— 1. Llegado el tercer día despues de la pasion, que era el domingo, al amanecer (2), el ánima de Cristo nuestro

(1) Colos. II, 15. — (2) D. Thom. 3 p. q. 53 et 54.

Señor salió del limbo con aquellos coros de almas justas que tenia consigo, y fué derechamente al sepulcro donde estaba su cuerpo sepultado. Aquí tengo de ponderar,—lo primero, la causa de haber Cristo nuestro Señor apresurado su resurreccion (1); porque habiendo dicho que estaria en el corazon de la tierra tres días y tres noches, como estuvo Jonás otro tanto en el vientre de la ballena, abrevió este tiempo todo lo posible, salva la verdad de su palabra, contentándose con tomar de los tres días alguna parte, y esta bien pequeña, que fué la parte del viernes y la mañana del domingo. Á lo cual le movió su inmensa caridad, por socorrer con presteza á los discipulos que estaban en las tinieblas de la infidelidad, y por acudir al consuelo de su afligida Madre y de todos sus amigos, por alumbrar y alegrar al mundo con la gloria de su cuerpo, como habia alumbrado y alegrado al limbo con la de su alma. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el cuidado que tienes de los tuyos, y por la presteza con que acudes á su consuelo y remedio (2). Hiciste tu curso como el sol, *corriendo como gigante la carrera*, haciendo muy mas largo el día que la noche: porque el día de tu vida duró treinta y tres años, alumbrando al mundo que estaba en tinieblas; pero la noche de tu muerte duró treinta y seis horas, tornando luego á nacer con nueva luz, para consolar á los que dejaste tristes con tu ausencia. Apresura, Señor, la luz de tu divina visita, para que respire mi alma con la presencia de tu gracia.

2. Tambien quiso nuestro Señor que su muerte fuese á la tarde al poner del sol, y su resurreccion á la mañana cuando queria salir, para significar que moria por nuestros pecados, con los cuales nos privamos de la luz celestial y del resplandor de la divina gracia, y resucitaba, como dice el Apóstol, por nuestra justificacion (3), para restituírnos la vida de la misma gracia, y con ella el gozo, desterrando los llantos de la tristeza pasada, segun aquello de David: *Á la tarde habrá lloro y á la mañana alegría* (4).

3. Luego ponderaré el regocijo grande con que salió Cristo nuestro Señor del limbo, con aquella gloriosa compañía, triunfando del infierno, dejándole despojado de la presa que tenia; podria decir aquellas palabras de Jacob: *Con solo mi báculo pasé por este Jordan, y ahora vuelvo por él con dos compañías* (5): pasé por el mundo con el báculo de mi cruz, solo, y sin tener quien me ayudase; ahora vuelvo con dos compañías de justos de las dos leyes natural y es-

(1) Matth. XII, 40. — (2) Psalm. XVIII, 6. — (3) Rom. IV, 25.

(4) Psalm. XXIX, 6. — (5) Genes. XXXII, 10.

crita. ¡Oh qué alegres subian estas dos ilustres compañías, y como cantarían á coros el triunfo de su Capitan, diciendo: *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, al caballo y al caballero anegó en el mar. El Señor es nuestra fortaleza y motivo de nuestras alabanzas, porque es autor de nuestra salud: este es nuestro Dios, glorifiquémosle; es el Dios de nuestros padres, ensalcémosle. El Señor es como varon guerrero, y tiene por nombre el Todopoderoso: los carros de Faraon y su ejército arrojó en el mar* (1). Entra, ó alma mía, entre estas gloriosas almas, y alaba tú tambien á la de tu soberano Capitan, confiando que recibirás algo de la gloria que ellos recibieron.

PUNTO SEGUNDO.—1. Llegando Cristo nuestro Señor al sepulcro, lo primero, descubrió á toda su compañía la triste y horrible figura de su cuerpo, para que viesen cuán caro le habia costado su remedio: y cuando aquellas benditas almas vieron el cuerpo tendido en el sepulcro, todo acardenalado y descoyuntado, teñido en su propia sangre, y agujereado por tantas partes con las llagas de sus piés, manos y costado, de nuevo alabarian á su Libertador, y le darian inmensas gracias por la libertad que les dió tan á costa suya.—Luego Cristo nuestro Señor con su omnipotencia, y quizá tambien por ministerio de los Angeles, recogió toda la sangre que habia derramado en su pasión para volverla á su lugar. Partirian unos Angeles al huerto de Getsemani, y otros al pretorio de Pilatos, y otros al monte Calvario, y recogerian la sangre del Señor que allí estaba, con grande reverencia; porque estaba unida con la divinidad, y con ella se tornaron á llenar las sagradas venas de aquel cuerpo. Tambien trajeron los pelos y cabellos que se habian arrancado de su cabeza y barba, cumpliendo lo que está prometido: *Capillus de capite vestro non peribit: no perecerá un cabello de vuestra cabeza* (2). Ó sangre preciosísima, gózome de verte restituida á tu propio lugar, porque tal sangre no debia de estar sino en tal cuerpo, y sangre de Dios no habia de llenar otras venas que las de Dios, en las cuales estarás siempre para que seas precio de nuestro rescate, lavatorio de nuestras culpas, nuestro sustento y bebida en el santo Sacramento y sacrificio del altar.

2. Luego entró aquella beatísima alma en su cuerpo, y con su entrada le trocó y transfiguró mucho mas excelentemente que en el monte Tabor; desnudóle de las mortajas en que estaba envuelto; limpióle de la mirra con que estaba ungido; quitóle todas las feal-

(1) Exod. xv, 1. — (2) Luc. xxi, 18.

dades y manchas que tenia, y comunicóle para siempre las cuatro dotes de gloria, claridad, inmortalidad, impasibilidad, ligereza y sutileza, quedando el cuerpo mil veces mas hermoso y resplandeciente que el sol; antes cada parte era como un sol de inmensa claridad y belleza; especialmente las cinco llagas que dejó en él, por los fines que despues dirémos, arrojaban rayos de admirable resplandor, que hermoscaban sus piés y manos y costado; y las llagas que habian hecho las espinas, hacian una forma de corona gloriosísima que adornaba su sagrada cabeza. Y al mismo punto, usando del dote de sutilidad, salió del sepulcro, que era lugar de muertos, penetrando aquella grande piedra que le cerraba, sin que pudiese estorbarle la salida. ¡Oh qué gozo recibió aquella benditísima alma, cuando vió á su cuerpo tan glorioso; y cuán de buena gana se abrazó con él, escogiéndole por su perpetua morada! ¡Oh qué alegre quedó aquel cuerpo benditísimo, cuando se vió adornado con aquellas dotes de gloria, en premio de los dolores é ignominias que habia padecido! Ó Rey de gloria, que como nuevo hombre salís otra vez al mundo, renovado en vuestro traje, para vivir nueva vida, toda llena de grandeza, sea para bien este vuestro nuevo nacimiento, no menos admirable que el primero; en aquel saliste del vientre de vuestra Madre, dejando la puerta cerrada por conservar su virginidad; en este salís del vientre de la tierra, dejando el sepulcro cerrado, para manifestar vuestra sutileza y majestad; en aquel saliste como nuevo hombre, libre de culpas, pero sujeto á penas; en este salís del todo renovado, libre tambien de toda pena y coronado de grande gloria; y así ahora podemos decir á boca llena, que *hemos visto vuestra gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad* (1).

3. Finalmente, es de creer que Cristo nuestro Señor, como tenia de costumbre, levantando sus ojos y manos al cielo, daria gracias al eterno Padre por su resurreccion, y por la gloria de su cuerpo, diciendo aquello del salmo: *Convertiste mi llanto en gozo; rompiste mi saco, y cercásteme de alegría, para que te alabe mi gloria, sin tener jamás tristeza* (2). Á imitacion de este Señor yo tambien diré al Padre eterno: Gracias te doy, Padre celestial, porque convertiste el llanto de tu Hijo en sumo gozo, rompiendo el saco de su mortalidad y tristeza, y vistiéndole de inmortalidad y de alegría. Alábeta, Señor, la misma gloria que le diste; alábeta su alma benditísima,

(1) Joan. i, 14. — (2) Psalm. xxix, 12.

que es gloria suya y tuya, y tambien te alabe mi alma, y nunca cese de alabarte por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—En resucitando Cristo nuestro Señor, por ordenacion de su eterno Padre bajaron las jerarquías y coros de los Angeles á darle el parabien y á celebrar la fiesta de su glorioso triunfo, porque si vino el ejército de la milicia del cielo á celebrar la fiesta de su nacimiento, cuando entraba en el mundo á vivir vida mortal, ¿cuánto mas se ha de creer que vendrian en su resurreccion, cuando comenzaba la vida inmortal, y no venia á pelear, sino á triunfar por la victoria? Y así lo da á entender el apóstol san Pablo, cuando dice, que *cuando Dios introdujo otra vez á su Primogénito en el mundo, dijo: Adórenle todos sus Angeles* (1). Este dia es cuando segunda vez le introdujo en el mundo, y le adoraron todos los Angeles como á su Dios y supremo Señor. Renovarian aquel cántico del nacimiento: Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad, y con mucha razon; porque toda esta obra fué de grande gloria para Dios y de grande paz para los hombres, pues por ella quedaron pacificados con Dios, y sus enemigos destruidos; y así podemos decir aquello del salmo: *Hæc dies quam fecit Dominus; exultemus et lætemur in ea: este es el dia que hizo el Señor; alegrémonos y regocijémonos en él* (2). Gracias os doy, Padre eterno, por el cuidado que teneis de glorificar á vuestro Hijo, cumpliendo la palabra que le diste, diciendo: *Yo te he clarificado, y te clarificaré mas* (3). Gózome, Salvador mio, de que vuestros Angeles os adoren, y yo con ellos os adoro y glorifico en este dia, que todo es vuestro y nada mio; porque todo lo que en él hiciste, pertenece á la grandeza de vuestra divinidad, y no á la hajeza de mi humanidad. ¡Oh si todo el mundo os conociese y se alegrase con vuestra victoria, gozando los despojos de ella!

PUNTO CUARTO.—1. Viéndose Cristo nuestro Señor resucitado, no quiso gozar á solas de esta gloria, sino tambien que se derivase á otros que resucitasen con él (4); y así ordenó, que algunas de aquellas santas almas, cuyos cuerpos estaban en los sepulcros de Jerusalem, que se abrieron el dia de la pasion, se uniesen con ellos, quedando gloriosos y resplandecientes como el suyo. ¡Oh qué contentos estarian aquellos justos cuando se viesen con sus cuerpos ya glorificados, resplandecientes como el sol! Acudirian luego al cuerpo de Jesucristo, que resplandecia incomparablemente mas que el suyo.

(1) Hebr. I, 6. — (2) Psalm. CXVII, 24. — (3) Joan. XII, 28. — (4) D. Ambr. et alii, quos citat Suar. 3 p. q. 43, art. 3: Cajet. ibi.

y besarian sus piés y manos, adorándole y alabándole por aquel especial favor que les habia hecho. Hanse de ponderar las causas por que Cristo nuestro Señor hizo esto:—La primera, para descubrir su omnipotencia y su caridad y liberalidad, porque no pudo su bondad sufrir no comunicar á otros el bien de que él gozaba.—Lo segundo, para que estos pocos fuesen testigos de su resurreccion, y por ellos cobrásemos esperanzas de que todos, á su tiempo, resucitaríamos como él, recibiendo cuerpos glorificados como el suyo.

2. Y tambien para darnos á entender, que su voluntad era, que todos desde luego resucitásemos en el espíritu, comenzando una vida semejante á la suya glorificada, cumpliendo lo que dice el Apóstol, que *como Cristo resucitó para gloria de su Padre, así nosotros, In novitate vite ambulemus, vivamos vida nueva* (1). De suerte, que así como Cristo se desnudó de las mortajas, y salió del sepulcro vivo y glorioso, con su cuerpo entero, inmortal, impasible, resplandeciente, ligero, sutil y hermosísimo, así yo me desnude las vestiduras del viejo Adán, y las mortajas en que solia estar envuelto, que son las pasiones y costumbres viciosas, y comience una vida de gracia perfecta, con estas condiciones: que sea entera en todas las virtudes; inmortal, con firmeza de no volver mas á pecar mortalmente, como Cristo resucitó para no volver mas á morir; impasible, sin admitir pasiones que causen enfermedad en el alma; resplandeciente, por la luz del conocimiento interior de las cosas celestiales; ligera, para cumplir sin repugnancia todo lo que fuere voluntad de Dios, y sutil ó espiritual, renunciando todo lo terrestre, y no tomando mas de lo necesario, para que pueda tener mi conversacion en los cielos con los Angeles, aunque el cuerpo esté en la tierra con los hombres.—Estas son las señales de haber resucitado con Cristo nuestro Señor, las cuales tengo de procurar, porque, como dice san Gregorio (2), el justo cada dia ha de imitar su resurreccion, procurando tales virtudes para renovar su alma, cuales son las dotes de gloria que tendrá su cuerpo.

3. Pero cerca de esto se han de advertir dos cosas muy importantes.—La primera, que así como no todos los muertos que habia en Jerusalem resucitaron con Cristo, sino solamente aquellos cuyos sepulcros se abrieron en la pasion, así tambien no todos los pecadores resucitan con Cristo á la vida de gracia, sino solo aquellos que en virtud de su pasion abren sus sepulcros, manifestando sus conciencias al confesor, y quebrantando sus corazones con la con-

(1) Rom. VI, 4. — (2) In prolog. in Cantica.

tricion; y de la misma manera no todos los justos llegan á participar la alegría de la resurreccion, sino aquellos que han roto sus corazones con el afecto compasivo de la pasion, conforme á lo que dice el Apóstol: *Si compatimur, ut et glorificemur: con tal que padezcamos con Cristo, para ser con él glorificados* (1).

4. La segunda es, la diferencia entre la resurreccion espiritual perfecta y la imperfecta; porque los imperfectos resucitan, sacando consigo sus mortajas, como salió Lázaro vendado con sus fajas y sudario (2); porque salen con las reliquias de la vida vieja, que son los hábitos y costumbres viciosas, y pasiones desconcertadas; y por consiguiente salen con peligro de recaer y volver á morir, si no se desatan y desnudan con la mortificacion de estas vestiduras de su mortalidad y vejez espiritual. Pero los muy perfectos, á imitacion de su capitán Jesús, que dejó la sábana y el sudario en el sepulcro, resucitan con nuevo fervor, dejando todas estas vestiduras de muertos, y vistiéndose las nuevas de la vida eterna, despojándose del hombre viejo y de sus obras, y vistiéndose del nuevo; renovados todos con perfecta santidad. O gloriosísimo Triunfador, hazme participante de tu pasion, para que tambien lo sea de tu resurreccion; resucite yo contigo, no como resucitó Lázaro, y resucitaron otros para tornar otra vez á morir, sino como tú resucitaste, á una vida nueva (3), para nunca mas morir muerte de culpa; padezca mucho mi cuerpo, para que se haga impasible mi alma; cúbrame de ignominia exterior, para que resplandezca mi espíritu con luz interior, y sea ágil y pronto en obedecerte, para que despues de esta vida llegue á gozarte. Amen.

MEDITACION III.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SU MADRE SANTÍSIMA, Y COMO LOS ÁNGELES MANIFESTARON LA RESURRECCION Á LAS MUJERES.

PUNTO PRIMERO. — 1. Despues que Cristo nuestro Señor resucitó, quiso manifestar al mundo su resurreccion, para que muchos gozasen los frutos de ella. Esta manifestacion hizo tres vías (4): Una fué por medio de los santos que resucitaron con él, los cuales, como dice san Mateo: *Vinieron á la ciudad de Jerusalem, y aparecieron á muchos* (5), predicándoles, sin duda, como el que fué crucifi-

(1) Rom. VIII, 17. — (2) Joan. XI, 4. — (3) Rom. VI, 9. — (4) D. Thom. 3 p. q. 53. — (5) Matth. XXVII, 53.

cado era el verdadero Mesías y Rey de Israel, Salvador del mundo, y era ya resucitado. Y es de creer que entre otros aparecieron á José de Arimathia y á Nicodemus, consolándolos y confirmandolos en la fe de su Maestro. Para esto tambien envió Angeles, los cuales manifestaron su resurreccion á las devotas mujeres que iban á ungirle, dándolas nuevas de ella, y mostrándolas el sepulcro.

2. Pero no contento con esto, el mismo Cristo nuestro Señor quiso por sí mismo manifestarse á sus amigos, para descubrir mas la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando habia de subirse al cielo empíreo, que era el lugar debido á los cuerpos glorificados, quiso quedarse en el mundo algunos dias, y como buen pastor recoger su ganado, sin fiar esto de otro, consolando á sus discípulos, y enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y manifestándoles á sí mismo ya glorificado, para que como testigos de vista pudiesen predicar su resurreccion. Ó Rey de gloria, alámente los Angeles y los hombres, por el grande amor que nos muestras. No era digno el mundo de que estuvieses en él un momento despues de resucitado, pero la caridad que te detuvo casi cuarenta horas en el limbo, te detiene cuarenta dias en la tierra para purificarla y honrarla con tu presencia, y descubrirnos que no has mudado la condicion con la mudanza de la vida, ni te has olvidado en la prosperidad de los que te acompañaron en la adversidad.

3. De aquí he de sacar, espiritualizando lo que se ha dicho, como Cristo nuestro Señor tiene tres caminos para manifestarnos sus misterios y para consolarnos y enseñarnos. — Uno, por medio de hombres santos que han resucitado con él, y conocen por experiencia la suavidad y grandezas de Dios, los cuales con santo celo descubren á otros lo que saben, para que Dios sea conocido y glorificado. — Otro camino es por los Angeles, los cuales con secretas ilustraciones nos alumbran, enseñan y consuelan, y nos ayudan á quitar las dificultades que tenemos para no gozar de Cristo glorificado. — El tercer camino es por sí mismo, hablándonos al corazon y dándonos interiores testimonios de su divina presencia, y esto hace con los mas queridos discípulos, cumpliendo con ellos en esta vida lo que dijo en el sermon de la cena: *El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mi mismo* (1). Ó Amado mio, ámete yo de todo corazon, pues tan grande bien es amarte, que amas á quien te ama, y le descubres quién eres, para encenderle mas en tu amor.

(1) Joan. XIV, 21.